



«Werther»

de J. W. Goethe (1749 - 1832), manifestación radical de espíritus románticos
suicidio. Amor: Transformación de la realidad en poesía, en filosofía.

Perdóname estas lágrimas; perdona mis inútiles deseos. ¡Ella, mi mujer!

Su espíritu atormentado. Su corazón debilitado por constantes tristezas y sufrimientos. El vacío lleno de su propio hastío y vacío de ella, decía:

A veces no comprendo cómo puede amar a otro hombre, cómo se atreve amar a otro hombre, cuando yo la amo con un amor tan perfecto, tan profundo, tan inmenso; cuando no conozco más que a ella, ni veo más que a ella, ni pienso más que en ella.
¡Ay de mí! ¡Este vacío, este horrible vacío que siente mi alma...! Sólo ella lo llenaría todo.

En la mayor depresión y congoja de cuerpo, alma y espíritu escribió:

Me encuentro en un estado que debe parecerse al de los desgraciados que antiguamente creían poseídos del espíritu maligno. No es el pesar, no es tampoco el deseo ardiente, sino una rabia sorda y sin nombre que me desgarró el pecho, me anuda la garganta y me sofoca. Sufro, quisiera huir de mí mismo; y vago nocturno por estos parajes desiertos y sombríos

Un domingo anterior a navidad, Werther fue a visitar a Carlota. Ella le pidió que sea silencioso y que sólo fuera el día de Noche Buena. Que esa situación debería de terminar.

-No, Carlota, -exclamó-, no volveré a veros.

-¿Por qué, Werther? Podéis y hasta debéis venir a vernos; pero también debéis procurar ser más dueño de vos. ¡Ah! ¿Por qué habéis nacido con ese fuego indomable y esa apasionada violencia que mostráis en vuestros afectos? Procurad dominaros.

-¿Por qué he de ser yo precisamente? ¿Yo... que pertenezco a otro hombre?... ¡Ah! Temo que la imposibilidad de obtener mi amor es lo que exalta vuestra pasión.

Werther iba a responder cuando entró Alberto. Se saludaron con tono seco y desabrido, y ambos se pusieron a pasear, uno al lado del otro, visiblemente molestos...

Al día siguiente, el lunes por la mañana, (21 de diciembre), Werther escribió a Carlota:

"Es cosa resuelta, Carlota: quiero morir y te lo participo sin ninguna exaltación romántica, con la cabeza tranquila, el mismo día en que te veré por última vez".

"Al separarme ayer de tu lado, un frío inexplicable se apoderó de todo mi ser; refluía mi sangre al corazón, y respirando con angustiosa dificultad pensaba en mi vida, que se consume cerca de ti, sin alegría, sin esperanza. ¡Ah!, estaba helado de espanto. Apenas pude llegar a mi alcoba, donde caí de rodillas, completamente loco. ¡Quiero morir!

A las seis y media, del mismo día; Werther volvió donde Carlota, y cuando le vio entrar llena de emoción exclamó:

-¡Ah!, habéis faltado a vuestra palabra.

-Yo nada os prometí -repuso él.

Werther se paseaba por la sala con notoria agitación.

-¿No traéis nada que leer? -dijo Carlota.

No traía nada.

En mi cómoda tengo la traducción que hicisteis de algunos cantos de Ossian.

Werther se sonrió y fue a buscar el manuscrito. Al tomarlo experimentó un involuntario estremecimiento; al hojearlo se llenaron de lágrimas sus ojos; y empezó a leer.

Mientras lo hacía; un desborde de lágrimas, que brotó de los ojos de Carlota, interrumpió la lectura de Werther. Este arrojó a un lado el manuscrito y, apoderándose de una de las manos de la joven, vertió también amargo llanto. Víctimas de una terrible agitación, veían su propio infortunio en la suerte de los héroes de Ossian. Sus lágrimas se confundieron. Los ardientes labios de Werther tocaron el brazo de Carlota; ella se estremeció y quiso alejarse; pero el dolor y la compasión la tenían clavada en su asiento. Ahogándose y queriendo dominarse, suplicó a Werther que prosiguiese la lectura:

"¿Por qué me despiertas, soplo embalsamado de la primavera? Tú me acaricias y me dices: "Traigo conmigo el rocío del cielo; pero pronto estaré marchito, porque pronto vendrá la tempestad que arrebatará mis hojas. Mañana llegará el viajero; vendrá el que me ha conocido en toda mi belleza; su vista me buscará en torno suyo, me buscará y no me encontrará."

Estas palabras causaron a Werther un profundo abatimiento. Se arrojó desesperado a los pies de Carlota, y tomándole las manos las oprimió contra sus ojos, contra su frente.

Carlota, alterado su juicio, cogió a su vez las manos de Werther y las colocó sobre su corazón. Se inclinó hacia él con ternura, y sus abrasadas mejillas se tocaron. El mundo desapareció para ellos; él la estrechó entre sus brazos, la apretó contra su pecho y cubrió de frenéticos besos los temblorosos labios de su amada.

"Werther!", murmuraba ella con voz ahogada y desviándose; "Werther!", repetía, y con suave movimiento trataba de alejarse "Werther!", exclamó digna e imponente.

El se sintió dominado; la soltó y se arrojó al suelo como un loco. Carlota se levantó y, completamente aturrida, indecisa entre el amor y la cólera, le dijo: "Es la última vez, Werther; no volveréis a verme" Y lanzándole una mirada llena de amor, corrió a la habitación inmediata y se encerró en ella.

Después de casi una hora, Werther se aproximó a la puerta donde había desaparecido Carlota y exclamó en voz baja: "¡Carlota! ¡Carlota! Una sola palabra, un adiós siquiera..."

Ella guardó silencio. Él esperó, suplicó, esperó de nuevo... Por último, se alejó de la puerta gritando: "¡Adiós, Carlota... adiós para siempre!"

La sangre pura y tranquila de Carlota, ahora se agitaba. ¿Era que le abrasaba el seno el calor de las caricias de Werther o que estaba indignada de su atrevimiento? ¿Cómo presentarse a su esposo? ¿Cómo confesarle una escena de que ella misma no quería darse cuenta, por más que no tuviese nada de que avergonzarse?

Werther había caminado como loco con todo su dolor hasta cerca de la medianoche; al día siguiente, añadió estos párrafos a la carta que tenía empezada para Carlota:

"Esta es la última vez que abro los ojos; la última, ¡ay de mí! Ya no volverán a ver la luz del sol; estarán cubiertas por una niebla densa y sombría.

Tu hijo, tu amigo, tu amante se acerca a su fin. ¡Ah, Carlota! es palabra sin sentido para mí.

¡Perdóname, perdóname! Ayer... aquél debió ser el último momento de mi vida. ¡Oh, ángel! Fue la primera vez, sí, que una alegría pura y sin límites llenó todo mi ser.

Aún quema mis labios el fuego sagrado que de los tuyos; todavía inundan mi corazón estas delicias abrasadoras. ¡Perdóname, perdóname! Sabía que me amabas; lo sabía desde que estrechaste mi mano, desde tus primeras miradas, aquellas miradas llenas de tu alma.

¡Es mía! ¡Eres mía! Sí, Carlota, mía para siempre. He aspirado el bálsamo de la vida y con él he fortalecido mi alma. Al borde del sepulcro brilla para mí la verdadera luz.

No tardó Alberto en llegar. Preguntó lo que había sucedido durante su ausencia, y su mujer se apresuró a decirle que Werther había estado allí la víspera, por la tarde. Durante una hora permanecieron silenciosos. Hasta que la llegada del criado de Werther aumentó la turbación que experimentaba. Aquél entregó la carta de su amo (que le pedía prestado sus pistolas). Alberto, después de leerla, se volvió, indiferente, hacia su mujer, diciéndole: "Dale las pistolas". Dirigiéndose luego al criado, añadió: "Decid a vuestro amo que le deseo un buen viaje".

Estas palabras hicieron en Carlota un violento efecto. Apenas tuvo fuerzas para levantarse. Le entregó las pistolas al criado y se retiró luego con siniestros presentimientos.

El criado de Werther entregó las pistolas a su amo; y éste mandó que le llevaran pan y vino y, encargándole que fuera a comer, se puso a escribir:

"Han pasado por tus manos; tú misma les has quitado el polvo; tú las has tocado... y yo las beso ahora una y mil veces. ¡ángel del cielo, tú favoreces mi resolución.

A Alberto se había dirigido así:

"Mal he pagado tu amistad, Alberto; pero sé que me perdonas. He turbado la paz de tu hogar; he introducido la desconfianza entre vosotros... Adiós; ahora voy a subsanar estas faltas. Quiera el cielo que mi muerte os devuelva la dicha. ¡Alberto! ¡Alberto!, haz feliz a ese ángel, para que la bendición de Dios descienda sobre ti".

Después de las once.

"Todo duerme en torno mío, y mi alma está tranquila. Te doy gracias, ¡oh, Dios!, por haberme concedido en momento tan supremo resignación tan grande. ¡Oh, Carlota! ¿Qué hay en el mundo que no traiga a mi memoria tu recuerdo? ¿No estás en cuanto me rodea?"

¡Ay!, ¡Cuánto te he amado, desde el momento en que te vi! Desde ese momento comprendí que llenarías toda mi vida... Haz que entuerren el lazo conmigo... Me lo diste el día de mi cumpleaños y lo he conservado como sagrada reliquia. ¡Ah!, nunca sospeché que aquel principio me condujese a este fin. Ten calma, te lo ruego, no te desesperes... Están cargadas... Oigo las doce... ¡Sea lo que ha de ser! Carlota... Carlota... ¡Adiós! ¡Adiós!

A las seis de la mañana del siguiente día entró el criado en la alcoba y vio a su amo tendido en el suelo, bañado en sangre y con una pistola al lado. Le llamó y no obtuvo respuesta. Quiso levantarlo y observó que todavía respiraba. Corrió a avisar al médico y a Alberto. Cuando Carlota oyó llamar, un temblor convulsivo se apoderó de todo su cuerpo. Despertó a su esposo y se levantaron. El criado, entre sollozos, les dio la fatal noticia.

Habían colocado a Werther en su lecho; y aguardaban en el mayor dolor la exhalación de amor de su último suspiro.

Werther fue conducido a su sepultura por jornaleros, y le enterraron por la noche, a las once, en el sitio que había indicado. No había ningún sacerdote.

Miriam Montaña Némer,
Poeta, Oruro